

nueve ha pasado muchas veces por allí en actitud amenazadora; los guardadores del antiguo edificio social la han rechazado, porque han conocido sus intenciones siniestras; y ella sin embargo, en cada una de sus apariciones, se ha llevado algun pedazo de aquel edificio, despues de porfiadas luchas. Han hecho bien los encargados del depósito tradicional en no permitir que la revolucion le profanára y le destruyera. Pero si algun dia se presenta esta revolucion con ademan amigo y con pacificas intenciones, como ya una vez quiso hacerlo, ¿harán bien en rechazarla siempre como á enemiga, del mismo modo que entonces la rechazaron? No somos nosotros capaces de decidirlo: este es el gran problema de la edad presente, no solo para la República méjicana sino para todos los pueblos de la tierra: él se presentó en toda su terrifica magnitud á la consideracion de los mejicanos, durante el periodo á que nuestra relacion se refiere; y en el cuadro de los acontecimientos que entonces pasaron, él aparece siempre en primer termino dominandolo todo con sus colosales dimensiones.

Lo dicho basta para que se comprenda cual es el objeto de este libro: describir un periodo importante de la historia de Méjico, hacer justicia á quien la tiene, recordar hechos que pueden servir de leccion para lo futuro, y procurar que tengan fin las agitaciones de un pueblo desgraciado que merece ser dichoso.

NUEVA YORK, NOVIEMBRE DE 1858.

CAPITULO PRIMERO.

Fiesta del 3 de Abril de 1856.—Paz en Méjico.—Confianza en el general Comonfort.—Su pensamiento político.—Hechos que le determinaron.—Exageracion de principios.—La revolucion de Ayutla.—La dictadura de Santa Anna.—El gobierno de Alvarez.—*Orden y Libertad*, fórmula de aquel pensamiento.—Como le esplica Comonfort.—Primeras medidas que fueron su consecuencia.—Responsabilidad de Santa Anna y de sus ministros.—Origen de la oposicion conservadora y de la oposicion revolucionaria.—El clero y el ejército.—Conducta de Comonfort con estas dos clases.—Primera reaccion de Puebla. Triunfo del gobierno.—Decreto de 25 de Marzo de 1856 castigando á los rebeldes.—Decreto de 31 sobre intervencion de los bienes eclesiásticos de Puebla.

EL dia 3 de Abril de 1856 se celebró en Méjico una gran fiesta, que se llamó *Fiesta de la Paz*. El Presidente de la República Don Ignacio Comonfort, habia triunfado en Puebla de la primera rebelion organizada con-

tra su gobierno: los principales caudillos de ella habian huido ó se habian ocultado: los demás gefes y oficiales estaban desarmados á la merced del vencedor, que les habia impuesto un tremendo castigo: los guerrilleros que habian levantado estandartes rebeldes en otros puntos del pais, animados por las grandes fuerzas que en Puebla desplegara la reaccion, habian soltado las armas. La República estaba efectivamente en paz, al cabo de dos años de continua guerra; y la ciudad de Méjico dispuso la fiesta del 3 de Abril para celebrar aquellos faustos acontecimientos, y para honrar al Presidente por la parte principal que en ellos habia tenido.

No era sin embargo aquella paz la que Méjico habia menester para descansar de las pasadas luchas, y reponerse de sus destrozos. Es verdad que el valor y la fortuna de Comonfort habian alcanzado una gran victoria, que el estrépito de la guerra civil habia cesado, y que ya no habia entonces guerrillas armadas, que llevasen por todas partes la desolacion y la muerte. Pero otra guerra mas temible destrozaba el seno de aquella sociedad agitada: en ella bullían todas las pasiones, fermentaban todos los odios, y chocaban entre sí todos los intereses: los enemigos derrotados iban á elegir para campos de batalla los clubs tenebrosos; los rebeldes iban á convertirse en conspiradores; sus armas de combate iban á ser la intriga y las maquinaciones ocultas; y el fruto de sus trabajos habia de ser por último, que estallase de nuevo la guerra civil con todos sus horrores.

A pesar de esto, fué mucha ventura para la República mejicana saludar el 3 de Abril de 1856 á la fugitiva imagen de la paz que asomaba en su horizonte. Por eso aplaudió ardientemente al hombre afortunado que le habia proporcionado tanto bien; y por eso aquel dia, aunque no exento de temores para los que habian examinado atentamente las llagas sociales, fué un dia de verdadero júbilo y de magníficas esperanzas.

Fundábanse estas principalmente en el carácter y en los sentimientos del gefe del Estado. El general Comonfort, que tan poderosamente habia llamado la atencion sobre su persona por sus hazañas en la revolucion de Ayutla,* acababa de ilustrar de nuevo su nombre con los difíciles triunfos obtenidos en Puebla, y habia dado pruebas muy patentes de que conocia á fondo las necesidades de su pais y el modo de remediarlas. Al triunfar la revolucion de Ayutla, su nombre habia sido invocado por todos los partidos políticos y por todas las clases de la sociedad, como un signo de paz y de concordia: todos los intereses legítimos y todas las opiniones sinceras habian ido á solicitar su amparo para no perecer en la furiosa tormenta levantada por el triunfo de aquella revolucion: las buenas opiniones vencidas se habian refugiado bajo sus alas para que no se las comprendiera en el anatema lanzado contra los abusos y el retroceso; las buenas opiniones vencedoras habian acudido á él para que las ayudara á realizar

* Véase la *Historia de la revolucion de Méjico contra la dictadura del general Santa Anna*. 1853-1855.

sus aspiraciones de libertad, de progreso y de reforma, sin violencias revolucionarias y sin excesos demagógicos.

El Presidente Comonfort habia respondido á este general llamamiento, anunciando desde su exaltacion al poder, un pensamiento político que debia realizar las justas esperanzas de su patria. Pasivo espectador hasta 1854 de sus funestos disturbios, habia tenido tiempo de estudiar la causa de ellos con la calma de un observador imparcial y con las intenciones puras de un buen patriota, y habia deplorado la ceguedad de los partidos, que dueños alternativamente del poder, no habian hecho mas que exagerar sus principios en la práctica, portándose casi siempre como facciones exclusivistas é intolerantes. Y por esta razon, desde que pudo presumir que sus hechos habian de llevarle á dirigir un dia los destinos públicos, se propuso levantar una bandera de conciliacion y de concordia en medio de aquellos partidos que hasta entonces habian destrozado á la República.

Para que Comonfort se resolviera sin vacilacion á realizar este pensamiento, quiso la fortuna colocarle en unas circunstancias que apenas le dejaban libertad de eleccion respecto á las bases de su política, puesto que desde el momento en que tomó en sus manos las riendas del poder, se encontró frente á frente con dos hechos que patentemente le marcaban el camino que debia seguir. Estos dos hechos éran el triunfo de la revolucion de Ayutla, y

la mala suerte que habia corrido el gobierno del general D. Juan Alvarez.

La revolucion de Ayutla habia triunfado mas bien por la fuerza de la opinion que por la fuerza de las armas.* En la terrible lucha de 1854 y 1855 todos los medios materiales de poder y de accion habian estado en manos del gobierno dictatorial: las armas, los soldados, los recursos todos de la nacion, eran suyos; mientras que los hombres de Ayutla, pocos y mal armados, atormentados por la miseria y privados de todo, no contaban sino con su firmeza de voluntad y con su energía para llevar á cabo su difícil empresa. A pesar de esto, aquella revolucion triunfó al fin, porque la opinion abandonó á la dictadura, y porque el espíritu público rechazaba los abusos que prevalecian á su sombra. Si no se esplican de este modo los acontecimientos que ocurrieron en Méjico durante los meses de Agosto y Setiembre de 1855, será preciso confesar que no hay para ellos una explicacion posible.

En cuanto al gobierno de Alvarez, su existencia efímera vino á revelar por otro lado, cuales eran las tendencias del espíritu público. Compuesto aquel gobierno en su mayor parte de hombres que exageraban el principio de la libertad y la idea de la reforma hasta el punto de comprometer el órden, no solo no encontró apoyo en la opinion, sino que muy pronto se vió rodeado de dificultades

* Así lo dice el mismo General Comonfort en su folleto publicado en New York en Julio de 1858.

que no pudo vencer por sí mismo, y que solo desaparecieron cuando el caudillo del Sur tomó la resolución de llamar para que le reemplazara en el poder, al que había sido su compañero en la lucha contra la pasada tiranía.

Estos dos hechos debieron hablar á Comonfort con una elocuencia irresistible, desde el momento en que sintió sobre sus hombros el peso del poder, y pensó en los medios de llenar dignamente la misión que se le había encomendado. Él había visto á su país lanzarse á los peligros de una revolución y luchar desesperadamente durante dos años contra un poder colosal, por libertarse de la tiranía conservadora; le había visto también agitado é inquieto, mirar con sobresalto las tendencias del primer gobierno de Ayutla, y prepararse á nuevos combates, para impedir que vinieran sobre él las desdichas de la tiranía revolucionaria: y había visto por último, que su advenimiento al poder había calmado aquellas inquietudes, y serenado la tempestad que de nuevo bramaba en el horizonte mejicano.

De todo esto brotaba una verdad clara como la luz, ante la cual no podía Comonfort cerrar los ojos, á saber: que su política debía distar tanto del sistema represivo y retrógrado de la dictadura de Santa Anna, como del prurito innovador del gobierno de Alvarez. Descansando en este fundamento, su misión no podía ser otra que reformar sin destruir "marchar por las sendas del progreso sin precipitaciones ni violencias," y reducir á práctica esta

fórmula siempre pregonizada por los gobiernos, siempre invocada por los partidos, pero que nunca había pasado hasta entonces de una vana teoría en boca de los partidos y de los gobiernos de Méjico: *orden y libertad*.

El mismo Comonfort ha explicado en un documento solemne* las razones de esta política y los motivos que tuvo para adoptarla. Sus palabras vienen en confirmación de lo que se ha dicho, y son dignas de que las conserve la historia.

"Tres eran, dice, los caminos que se me presentaban: 1.º dejar las cosas en el mismo estado en que se encontraban cuando triunfó la revolución de Ayutla: 2.º arrojar-me en brazos del principio revolucionario, é introducir todas las innovaciones exigidas por él: 3.º emprender con prudencia las reformas reclamadas por la opinión liberal. Pero el primero de estos caminos era un absurdo y un crimen, y el segundo otro absurdo y otra iniquidad; y yo no podía entrar en ninguno de ellos, supuesto que ni el hombre puede obrar contra el testimonio de su conciencia, ni el gobernante contra los derechos, los intereses y la opinión de los gobernados.

"Para hacer lo primero, habría tenido que destruir lo que se había hecho ya cuando tomé las riendas del poder en mis manos; y ya para entonces la revolución liberal,

* Política del general Comonfort durante su gobierno en Méjico. Folleto publicado por él mismo en New York en Julio de 1858.

convertida en gobierno, habia avanzado mucho por una senda opuesta enteramente á la dictadura anterior. Prescindiendo ahora de las inmensas dificultades que ofrecia la empresa de deshacer lo hecho, yo acometiendola, rasgaba mis títulos y faltaba á mi palabra, para presentarme en medio de mis conciudadanos, como el corifeo de una nueva revolucion que no tenia disculpa porque carecia de motivo y de obgeto.

“Dejando las cosas en el mismo estado, habria dado gusto á los hombres que acababan de caer, pero habria sido á costa de quedar afrentado ante todos los partidos, y de pasar por un Proteo infame para quien los juramentos eran una palabra vana y los principios una quimera. Para los conservadores no habria sido mas que el continuador de una política que los hombres ilustrados de este partido condenaban abiertamente, porque desconceptuaba sus principios invocandolos. Para los liberales habria sido un refractario pérfido y desleal, manchado con la mas negra traicion á mis ideas, á mis compañeros y á mis amigos. De este modo, yo habria prolongado á ciencia cierta la guerra civil, porque los hombres de Ayutla burlados, se habrian levantado de nuevo para continuar contra el restaurador del despotismo la lucha en que habian salido vencedores; la nacion los habria ayudado como antes; y el nuevo déspota no habria podido sostenerse mucho tiempo, teniendo en contra suya el testimonio de su propia conciencia y la opinion de todos los hombres de bien. El resultado habria sido aplazar el triunfo de la revolucion

liberal, y aumentar los peligros de que se convirtiera en una reaccion sangrienta y desastrosa; yo envolvia á mi patria en nuevas calamidades, y quedaba cubierto de ignominia: y era esto un absurdo y un crimen contra el cual se rebelaban el buen sentido y la conciencia.

“Someter mi política á todas las exigencias del elemento revolucionario, era un paso que no ofrecia menos inconvenientes que el otro para mi honor y para el sosiego de la República. Para innovarlo todo de repente, sin consideracion á ningun derecho, á ningun interés, á ninguna opinion ni á ninguna clase, era preciso que yo hiciera lo que han hecho en otros paises las grandes conmociones populares en épocas cortas de violencia y de vértigo: tenia que entrar en una lucha desesperada, no solamente con las clases afectadas por la revolucion, sino con el pueblo entero, interesado tambien en contrariar semejantes trastornos. Y si yo habia de personificar el temerario arrojo y los arranques ciegos de una revolucion violentamente innovadora; si habia de derribar todo lo antiguo, sin escuchar el clamor de los que lo aman, ni curarme de los que quedaran sepultados bajo los escombros, era menester que hiciera lo que hacen estas revoluciones cuando pasan como un huracan sobre los pueblos: lanzar con una mano el ariete revolucionario y blandir con la otra el puñal demagógico; porque los que destruyen instituciones viejas y respetadas, tropiezan siempre con resistencias formidables, y tienen que hacinar las víctimas en proporcion de las ruinas que amontonan. Pues bien; esto es lo que

nunca hacen los gobiernos que merecen este nombre; esto es lo que nunca hacen los hombres que se tienen por justos: si el mundo moderno debe algo á esos tremendos cataclismos, operados por las turbas desatentadas, aunque sean á veces resultado de la desesperacion que producen los gobiernos opresores, no por eso han dejado de ser grandes iniquidades, ni en ningun caso se pueden adoptar como sistemas de política. Si yo lo hubiera hecho, no solo habria concitado contra mi la animadversion de mi patria, chocando abiertamente con los sentimientos de humanidad que forman su caracter distintivo, sino que habria echado un borron en la causa de la libertad por la cual habia lidiado, y para cuyo bien se me habia dado el poder que ejercia. De todos modos, la guerra civil se prolongaba, y se abria una ancha puerta para que vinieran sobre la República las mas violentas reacciones.

“Entre estos dos extremos á cual mas vicioso, habia un medio prudente y justo, para hacer que el pais llegára al término de sus deseos; y era la adopcion de una política prudentemente reformadora, que satisfaciendo en lo que fuera justo las exigencias de la revolucion liberal, no chocara abiertamente con los buenos principios conservadores, ni con las costumbres y creencias religiosas del pueblo.

“La principal mision de mi gobierno debi aser quitar pretextos á las reacciones, y nada mas apropósito para lograr este fin, que reformar lo antiguo para conservarlo,

y marchar por las sendas del progreso sin precipitaciones ni violencias. Yo creia entonces, como siempre he creido, que el motivo de todas las reacciones conservadoras ha sido la exageracion del principio revolucionario, así como el motivo de todas las reacciones revolucionarias ha sido la exageracion del principio conservador. Ninguno de estos dos elementos debia entrar por consiguiente en la formacion de mi política para dominar en ella de un modo esclusivo y absoluto, aunque ambos debian ser admitidos en lo que tuvieran de bueno, como representantes de intereses legítimos y de derechos respetables. Era preciso hacer que el espíritu de progreso se presentára tan medido en sus deseos como templado y justo en su accion, para que recobrára el concepto que le habia hecho perder el impaciente ardor de otras épocas; y era preciso tambien que el espíritu tradicional no degenerára como otras veces en marasmo ni en retroceso, para que los amigos de la libertad pudieran consentirle y aceptarle.

“Por otra parte, las bases de mi política estaban claramente indicadas por el carácter de los acontecimientos que acababan de pasar, y por el estado en que á la sazón se encontraban los ánimos. La revolucion de Ayutla habia triunfado, y el primer gobierno de Ayutla habia desaparecido: y estos dos hechos tenian una significacion de la cual no podia yo desentenderme. El triunfo de Ayutla se habia debido mas bien á la fuerza de la opinion que á la fuerza de las armas; y esto lo puedo decir sin menoscabar en lo mas mínimo la gloria de mis valientes compa-